

grandes imperios, como el de los asirios, los persas, y los macedonios, se formaron casi de repente, por acontecimientos favorables, y por la rapidez de sus conquistas; pero el imperio romano se extendió por grados, y allanó todas las dificultades que se opusieron á su engrandecimiento, tanto por su virtud y su sabiduría, como por la fuerza de sus armas.

Roma al fin llegó á ser la dueña del mundo, y sabes que al principio no fué más que una pequeña ciudad fundada por Rómulo, su primer rey, á la cabeza de un corto número de pastores y de aventureros, que le nombraron jefe; y en el primer empadronamiento que Rómulo hizo del pueblo, halló únicamente tres mil infantes y trescientos caballos, á la vez que al fin de su reinado, que duró treinta y siete años, contaba cuarenta y seis mil hombres de infantería, y mil de caballería.

Durante los doscientos cincuenta primeros años de Roma, que fué gobernada por reyes, tuvo que sostener guerras con sus vecinos, que trataron de destruir en su origen á un pueblo cuyo engrandecimiento temían; consecuencia natural de su virtud, de su juicio y de su valor.

Roma empleó pues, los primeros doscientos cincuenta años de su existencia, en lucha con sus vecinos más cercanos, al fin de cuyo periodo los subyugó completamente, y doscientos cincuenta otros en hacerse dueña de Italia; de modo que contamos quinientos años desde la fundación de Roma hasta la entera conquista de Italia; y en sólo el espacio de los doscientos años siguientes, se hizo dueña del mundo, es decir, setecientos años después de su fundación.

Rómulo, que fué el fundador y el primer rey de Roma, no contando al principio con suficiente número de habitantes para su nueva ciudad, pensó en todos los medios posibles de aumentarlo, y con tal mira proclamó que Roma serviría de asilo á todos aquellos que fuesen desterrados de las otras ciudades de Italia. Esto le atrajo muchas gentes que abandonaron su lugar nativo, á causa de sus deudas ó de los crímenes que habían cometido; porque un asilo sirve de protección á todos los que pisan aquel suelo; de modo que sea cual fuere el crimen que hayan cometido, no pueden ser prendidos ni castigados. ¿No es verdad que es asombroso, que de tan vil conjunto de pícaros y bribones, saliese la nación más sabia y más virtuosa que existió jamás? pero esto fué debido á que Rómulo decretó tan buenas leyes, inspiró al pueblo tal amor por la gloria y por la patria, y supo fijar de tal

modo la religión y el culto de los dioses, que durante algunos siglos fué un pueblo de héroes lleno de virtudes.

Te he dicho á menudo cuán necesario es que conozcas la historia á fondo, pero nunca podré repetirtelo suficientemente. Cicerón la llama con razón, *testis temporum, lux veritatis, vita memoria, magistra vitæ, nuntia vetustatis*. Con el socorro de la historia, un joven puede, en cierto modo, adquirir la experiencia de la vejez, porque leyendo lo que se ha hecho, sabe lo que debe hacer, y mientras más instruido se halla de lo pasado, mejor se conducirá en lo futuro.

La más interesante é instructiva de todas las historias antiguas, es la de Roma, porque abunda en ejemplos de hombres ilustres y en grandes acontecimientos, al paso que nos anima, más que ninguna otra, á la virtud, mostrándonos de qué modo una ciudad pequeña como Roma, fundada por un puñado de pastores y de aventureros, llegó á ser en el espacio de setecientos años señora del mundo por su virtud y su valor.

Esto me ha decidido á formar un compendio muy sucinto de esta historia; y para que la comprendas fácilmente y la retengas bien, puedes traducirla poco á poco, en un libro que me presentarás todos los domingos.

Todo el tiempo de la historia romana, desde Rómulo hasta Augusto, que es de setecientos veintitrés años puede dividirse en tres partes.

La primera comprende los siete reyes de Roma, y dura doscientos cuarenta y cuatro años.

La segunda, desde el establecimiento de los cónsules y la expulsión de los reyes hasta la primera guerra púnica, es también de doscientos cuarenta y cuatro años.

La tercera se extiende desde la primera guerra púnica hasta el reinado de Augusto, y dura doscientos treinta y cinco años; de modo que estos tres períodos forman la suma total de setecientos veintitrés años, desde la fundación de Roma hasta el reinado de Augusto.

Bajo el reinado de Augusto, Roma llegó al más alto punto de su grandeza, y fué dueña del mundo; pero ya no lo era de sí misma, por haber perdido su antigua libertad y virtud. Augusto estableció el poder absoluto, que pronto degeneró en una tiranía horrible y cruel, resultando de aquí, que Roma cayó en menos

tiempo del que había empleado para llegar á su grandeza.

El primer gobierno de Roma fué monárquico moderado, y no absoluto; porque la autoridad se hallaba dividida entre el rey y el senado. El trono era electivo y no hereditario. Rómulo, fundador de Roma y su primer rey, fué elegido por el pueblo, y formó el primer plan de gobierno. Estableció el senado que se componía de cien miembros; y dividió al pueblo en tres órdenes; los patricios que eran las gentes de primera categoría, los caballeros que venían después, y el resto del pueblo que llamó plebeyos.

Traduce esto en inglés y tráemelo el domingo, escrito en el papel rayado que te envió.

Rómulo y Remo eran gemelos é hijos de Rea Silvia, hija de Numitor rey de Alba. Rea Silvia fué encerrada entre las vestales por disposición de su tío Amulio, para que no tuviese hijos, porque las vestales se veían obligadas á ser castas; pero á pesar de esto se vió preñada, y pretendió que el dios Marte la había forzado. Luego que dio á luz á Rómulo y Remo, Amulio dispuso que ambos fuesen arrojados al Tiber en su cuna, y así se ejecutó; mas habiéndose retirado el agua, la cuna quedó á secas; y una loba, que la sed había llevado allí, les dió de mamar, hasta que viéndolos un pastor, los llevó á su casa, y los educó después como suyos. Cuando hubieron crecido, se asociaron con cierto número de latinos, de albanos y de pastores, y fundaron á Roma. Deseoso Rómulo de reinar solo, mató á su hermano y fué declarado rey por todos sus secuaces (a). Luego que subió al trono, dividió al pueblo en tres tribus y treinta curias, ó en patricios, plebeyos, senado, patrones, clientes y caballeros. Los patricios eran los más considerables y acreditados. Los plebeyos componían la masa del pueblo. Los patrones eran las personas más respetables, y protegían á cierto número de pueblo, á que daban el

(a) Rómulo y Remo hablan de esta manera por boca de Lope de Vega:

Hijos de Marte nacimos,
Eterna ciudad fundamos,
Siete montes ocupamos,
Y en todos aun no cupimos.
No es gobierno el dividido,
Tierra y cielo rige un Dios,
Un reino no sufre á dos
Ni dos pájaros un nido. Tr.

nombre de clientes. El senado se componía de cien personas, elegidas entre los patricios; y los caballeros formaban un cuerpo de trescientos hombres montados, que servían á Rómulo de guardias de corps, bajo el nombre de *celerés*.

No contento Rómulo con estos reglamentos civiles, estableció también el culto de los dioses, y creó los sacerdotes llamados arúspices y augures. Los primeros consultaban las entrañas de las víctimas que se ofrecían en sacrificio, y los segundos observaban el vuelo y el canto de las aves, y declaraban, antes de que se comenzase cualquiera empresa, si los presagios eran ó no favorables.

Con la mira de aumentar la población, Rómulo declaró que su nueva ciudad serviría de asilo á todos los que quisiesen habitarla, lo cual atrajo una infinidad de gentes de las otras ciudades y comarcas vecinas.

Mas como había en Roma suma escasez de mujeres, Rómulo envió propuestas de casamiento á sus vecinos los sabinos, quienes las desecharon con desprecio. Viendo esto Rómulo, hizo publicar en los lugares circunvecinos, que en cierto y determinado día celebraría la fiesta del dios *Conso*, y que invitaba á todo el mundo á asistir á ella. Acudió un gran concurso de todas partes, principalmente de sabinos, y de repente los romanos echaron mano á la espada, se apoderaron de todas las mujeres que allí había, y se casaron con ellas. Este notable acontecimiento es llamado el robo de las sabinas. Irritados los sabinos con tan injusta afrenta, declararon á los romanos una guerra que terminó con la celebración de la paz, obtenida por la mediación de las sabinas establecidas en Roma. Los romanos y los sabinos se unieron cordialmente, y formaron un solo y mismo pueblo. Tacio, rey de los últimos, reinó en compañía de Rómulo; mas como aquél murió poco después, Rómulo volvió á reinar solo.

Es necesario observar que el robo de las sabinas fué una acción más útil que justa; pero la utilidad no debe autorizar la injusticia, porque debemos sufrir todo, aun la muerte misma, antes que obrar injustamente; y en verdad que ésta fué la única injusticia que cometieron los romanos durante algunos siglos.

El poder naciente de Roma no tardó en infundir celo á los pueblos vecinos, de suerte que Rómulo se vió aún obligado á sostener varias guerras que siempre le dieron la victoria; mas como principiaba á gobernar tiránicamente, y quería privar al senado de sus privilegios, desapareció de pronto y no se le vió más. La verdad es que los senadores lo mataron; pero como te-

mían la cólera del pueblo, un senador de los más acreditados llamado Próculo Julio, protestó delante de la multitud que Rómulo se le había aparecido para revelarle que había sido llevado á los cielos, en donde era contado entre los dioses, y que quería ser adorado bajo el nombre de Quirino, con cuyo deseo cumplieron los romanos.

Observa bien que el gobierno de Roma, bajo Rómulo, era mixto y libre; y que el rey lejos de ser absoluto, dividía la autoridad con el senado y el pueblo, casi como el rey en nuestro país con la cámara alta y la cámara baja; de manera que Rómulo, pretendiendo cometer la tiránica injusticia de violar los derechos del senado y la libertad del pueblo, recibió el justo castigo que merecen los tiranos. Todo hombre tiene un derecho natural á su libertad, y cualquiera que intenta quitársela, merece la muerte, con más razón que el salteador de caminos que sólo pretende robarnos nuestro dinero.

La mayor parte de las leyes y disposiciones de Rómulo, concernían principalmente á la guerra, y habían sido calculadas con la mira de formar un pueblo belicoso, como en verdad lo fué más que ningún otro; pero no dejó también de ser una buena fortuna para Roma, que Numa Pompilio, su segundo rey, fuere inclinado á la paz, y se dedicase á establecer el orden en la ciudad, y á decretar leyes que fomentasen la virtud y la religión.

Después de la muerte de Rómulo, hubo un interregno de un año, durante el cual los senadores desempeñaban alternativamente las funciones reales; pero el pueblo, cansado de esta especie de gobierno, pidió un rey. La elección era difícil, porque los sabinos por un lado, y los romanos por otro, querían que la elección recayese entre ellos. Había entonces, en la pequeña aldea de Cumes, no lejos de Roma, un hombre de gran reputación por su probidad y justicia, llamado Numa Pompilio, que vivía retirado, disfrutando tranquilamente de las delicias del campo. Convinieron pues unánimemente, en elegirlo rey, y enviaron embajadores para notificárselo; pero muy lejos de deslumbrarse con una elevación tan repentina é inesperada, la rehusó, y sólo las reiteradas instancias de los romanos y de sus parientes más cercanos, pudieron decidirle á admitir con sentimiento, una dignidad de que era tanto más digno, cuanto que no la había solicitado. Observa por este ejemplo de Numa Pompilio, cómo la virtud se abre camino y brilla aun en la obscuridad de una vida retirada, y cómo tarde ó temprano es siempre recompensada.

Colocado Numa en el trono, trató de suavizar las costumbres de los romanos y de inspirarles gusto por la paz y los ejercicios religiosos. Construyó un templo al dios Jano, que servía de indicio público de guerra ó de paz, porque permanecía abierto mientras existía la primera, y cerrado cuando se disfrutaba de la última. Durante el tiempo de su reinado no se abrió nunca; pero desde entonces, hasta el reinado de César Augusto, sólo dos ocasiones se vió cerrado; una después de la primera guerra púnica, y la otra después de la batalla de Accio, en que Augusto derrotó á Marco Antonio. Se representa siempre al dios Jano con dos caras, una que mira lo pasado, y otra lo futuro; y por esto verás que los poetas latinos le llaman á menudo *Janus bifrons*, Jano con dos frentes. Pero volvamos á Numa, quien convencido de que el pueblo ama siempre lo maravilloso, y queriendo disponerlo á recibir favorablemente sus leyes, pretendió que la diosa Egeria se las dictaba, en conversaciones secretas que con ella tenía. Finalmente, estableció el buen orden, tanto en la ciudad como en el campo; inspiró á sus súbditos el amor al trabajo y á la pobreza; y después de un reinado de cuarenta y tres años, murió llorado de todo el pueblo.

Puede decirse que la grandeza de Roma, cimentada por sus dos primeros reyes, fué debida á éstos. Rómulo acostumbró á sus súbditos á la guerra; Numa á la paz y la justicia. Sin Numa, habrían sido bárbaros feroces, y sin Rómulo, quizá no habrían salido de su obscura indolencia. La afortunada mezcla de las virtudes religiosas, civiles y militares, fué la que al fin los hizo dueños del mundo.

Inmediatamente después de la muerte de Numa, los romanos eligieron por rey á Tulio Hostilio, cuyo espíritu era tan inclinado á la guerra como el de su antecesor lo había sido á la paz; y pronto tuvo ocasión de ejercitarlo, porque la ciudad de Alba, celosa ya del poder de Roma, buscó un pretexto para hacerle la guerra. Declarada que fué por ambas partes, y hallándose los dos ejércitos prontos á venir á las manos, un albano propuso que para evitar la efusión de sangre, cada partido eligiese cierto número de guerreros, y que la victoria decidiese la suerte de ambas ciudades. Tulio Hostilio aceptó la propuesta; y encontrándose en el ejército albano tres hermanos llamados Curiaacios y tres hermanos también en el ejército romano, llamados Horacios, todos casi de la misma edad y vigor, fueron elegidos como campeones, y admitieron con regocijo una preferencia tan honorífica. Hecha pues la señal del combate, avanzaron entre ambos

ejércitos, y dos Horacios cayeron luego muertos á manos de los Curiacios, que todos tres se hallaban heridos. El tercer Horacio no tenía herida ninguna, pero sintiéndose incapaz de resistir á la vez á los tres Curiacios, suplió la fuerza con la estratagema: fingió que huía, y después de haber dado algunos pasos atrás, volvió la cara y vió que los tres Curiacios lo perseguían distantes uno de otro con más ó menos velocidad, según se lo permitian las heridas que habían recibido; y entonces, haciendo frente de nuevo, los mató uno tras otro.

Los romanos lo recibieron en su campo llenos de regocijo; mas una hermana suya, que se hallaba prometida á uno de los Curiacios, vino á verle, y derramando un torrente de lágrimas, le echó en cara la muerte de su amante; esto encendió en cólera al joven guerrero, y le atravesó el seno con su espada. La justicia lo condenó á muerte, pero él apeló al pueblo que le perdonó en consideración al servicio que acababa de hacerle.

Tulio Hostilio reinó treinta y dos años, y tuvo que sostener otras guerras contra los sabinos y los latinos. Era un príncipe dotado de grandes cualidades, pero muy inclinado á la guerra.

MI QUERIDO HIJO.

Adjunto hallarás tu ejercicio histórico correspondiente á esta semana; y te agradezco la corrección que hiciste de las faltas que cometí en mis escritos anteriores. Mucho gusto me dará que tú me intruyas, y te aseguro que más bien querría serlo por tu capacidad, que por la de ningún otro. Contentísimo estoy con tu objeción sobre los nombres que di á los tres hermanos que se batieron por Alba y Roma, llamándolos *Horatii* y *Curiatii*; no puedo dar para ello mejor razón, que el uso y la costumbre, que sirven de ley en todas las lenguas. En cuanto á los nombres propios antiguos, no hay ninguna regla establecida, y sólo la costumbre debe ser nuestra guía; por ejemplo, nosotros (los ingleses) decimos *Ovid* y *Virgil*, y no *Ovidius* ni *Virgilius*, como en latín: por otra parte, decimos *Augustus Cesar*, como en latín, y no *August Cesar*, que sería propiamente inglés. Decimos *Scipio Africanus*, y no *Scipio African*; *Tacitus*, y no *Tacit*; pero sea cual fuere el uso introducido por la costumbre, yo preferiría más bien no alterar los nombres antiguos, porque me parece que adaptándolos á los

demás idiomas no conservan toda la dignidad que guardan en el suyo. Los franceses cambian la mayor parte de los nombres propios antiguos, dándoles una terminación francesa que suena á veces muy mal; como por ejemplo, llaman al emperador *Titus*, *Tite*; al historiador *Titus Livius*, que nosotros llamamos comunemente *Livy*, ellos le nombran *Tite Live*. Me alegro que te haya ocurrido esta observación, porque el único medio de adquirir conocimientos es informarse y hacer reparos. Te pido que no olvides preguntar y poner objeciones siempre que dudes ó no entendieres bien alguna cosa.

Luego que murió Tulio Hostilio, el pueblo eligió por rey á Anco Marcio, nieto de Numa, y su primera determinación fué restablecer el culto divino que había sido visto con alguna negligencia durante el belicoso reinado de su predecesor. Tuvo que sostener varias guerras contra su voluntad, y en todas salió victorioso. Extendió la ciudad de Roma y murió después de haber reinado veinte y cuatro años. Este príncipe tan á propósito para la guerra como para la paz, no fué inferior en mérito á ninguno de sus predecesores.

Un griego de nacimiento, llamado Lucomón, que se había establecido en Roma bajo el reinado de Anco Marcio, fué elegido rey en su lugar, y tomó el nombre de Tarquino. Creó cien senadores nuevos, y en las muchas guerras que sostuvo contra los pueblos vecinos, alcanzó siempre la victoria. Aumentó, hermoseó y fortificó la ciudad, construyó acueductos y albañales; hizo también el circo, y cabó los cimientos del Capitolio.

Tarquino había elegido para sucesor suyo á Servio Tulio, prisionero de guerra, y por consecuencia esclavo; mas no siendo esto del gusto de los hijos de Anco Marcio que habían ya crecido, tramaron el asesinato de Tarquino á los treinta y ocho años de su reinado, pero no retiraron ningún provecho de su crimen, porque Servio Tulio fué declarado rey por el pueblo sin consentimiento del senado. Este príncipe se vió envuelto en varias guerras y las terminó felizmente. Dividió la población en diez y nueve tribus; estableció el empadronamiento del pueblo, é introdujo la costumbre de dar libertad á los esclavos. Servio pensaba en abdicar y establecer en Roma una república perfecta, cuando fué asesinado por su yerno, Tarquino el Soberbio. Reinó cuarenta y cuatro años, y fué sin disputa el mejor de todos los reyes de Roma.

Tarquino ciñó la corona sin que el pueblo ni el senado se la hubiesen conferido; y como su conducta fué conforme á tales

principios, se atrajo el epíteto de *Soberbio*. Echó abajo los sabios establecimientos de sus predecesores; holló los derechos del pueblo y gobernó despóticamente. Construyó un templo magnífico dedicado á Júpiter, y se le llamó Capitolio, porque al cabar los cimientos se encontró una calavera humana que en latín se llama *caput*.

La tiranía de Tarquino era ya odiosa é insoportable á los romanos, cuando un hecho atroz de su hijo Sesto, les presentó una ocasión de libertarse de ella. Enamorado Sesto de Lucrecia, mujer de Colatino, y no queriendo ésta consentir con sus deseos, la violentó. Ella descubrió todo á su marido y á Bruto; y después de haberles exigido promesa de que vengarían el ultraje hecho á su honor, se atravesó el corazón. En seguida sublevaron al pueblo. Tarquino con toda su familia fué desterrado de Roma por un decreto solemne, después de haber reinado veinticinco años. Tal es el fin que merecen los tiranos, y todos aquellos que abusando del poder que la suerte ha puesto en sus manos, lo emplean únicamente en dañar y en oprimir al género humano.

Los libros de las Sibilas llegaron á Roma en el reinado de Tarquino, y desde entonces fueron conservados con sumo cuidado, y consultados como oráculos.

Tarquino, después de su expulsión de Roma, hizo varias tentativas para volver á ocupar el trono, y ocasionó algunas guerras á los romanos. Supo interesar en su favor á Pórsena, rey de Etruria, el cual declaró la guerra á los romanos, marchó contra ellos, los derrotó y aun habría tomado la ciudad si no hubiese sido por el extraordinario valor de Horacio Coeles, que, solo contra todo el ejército, defendió un puente por donde era nesario pasar. Intimidado Pórsena con los prodigios de valor y audacia que diariamente veía hacer á los romanos, juzgó á propósito celebrar la paz y se retiró.

No haré mención de otras varias guerras que sostuvieron los romanos contra sus vecinos, porque mi intento es detenerme únicamente en los sucesos más importantes. Tal es el siguiente que aconteció á los diez y seis años de establecidos los cónsules. Pesaba sobre el pueblo una deuda enorme, y rehusó alistarse para la guerra, á menos que sus deudas no le fuesen perdonadas. La ocasión era urgente y grande la dificultad; mas el senado, para remediar el mal, acudió al expediente de nombrar un dictador, con poder absoluto y sin sujeción á ninguna ley, pero por corto tiempo. Tito Largio, que fué nombrado para esta dignidad, calmó

el desorden, restableció la tranquilidad, y en seguida hizo dimisión de su cargo.

Desde entonces los romanos acudieron muchas veces á la dictadura en ocasiones importantes; y es de notar que, aunque este encargo confería un poder sin límites, no se vió un solo dictador que abusase de sus facultades durante un espacio de más de cien años.

Hemos llegado ya á una época importante de la historia romana, cual es el establecimiento de un gobierno libre.

Abolido que fué el trono en Roma, se dispuso que en lugar de un rey se nombrasen *cónsules*, cuya autoridad sería anual. Se dejó al pueblo el derecho de elegir los cónsules, pero esta elección debía recaer precisamente entre los patricios, es decir, las personas de primera categoría. Ambos cónsules tenían el mismo poder conferido antes á los reyes, pero con esta esencial diferencia, que no lo conservaban más que por un año, y que expirado este tiempo debían dar cuenta al pueblo de lo que habían hecho, medio seguro de no abusar de sus facultades. Fueron llamados cónsules del verbo *consulere*, que significa aconsejar, como si dijésemos que eran los consejeros de la república.

Los primeros cónsules electos fueron L. Junio Bruto y L. Colatino, el marido de Lucrecia. Los cónsules llevaban los mismos distintivos de dignidad que los reyes, menos el cetro y la corona; pero tenían la túnica de púrpura y la silla curul, que era un asiento de marfil sobre ruedas. Los cónsules, el senado y el pueblo juraron solemnemente que no volverían á llamar á Tarquino, ni sufrirían jamás reyes en Roma.

Observa bien esta nueva forma de gobierno: el poder se hallaba dividido entre los cónsules, el senado y el pueblo: cada uno tenía sus derechos, y desde que se tomó esta sabia determinación, Roma fué elevándose rápidamente á un estado de perfección y de grandeza difícil de concebir.

Ten presente que el gobierno monárquico duró doscientos cuarenta y cuatro años.

Entretanto los patricios trataban mal al pueblo y abusaban del poder que la preeminencia y las riquezas ponían en sus manos. Encarcelaban á los plebeyos que les debían dinero, y los cargaban de cadenas, lo cual causó tanto disgusto, que el pueblo en masa salió de Roma y se retiró al *Monte-Sagrado*, tres millas distante

de la ciudad. Los patricios y el senado se alarmaron con una deserción tan general, y enviaron una diputación al pueblo para persuadirle á regresar, pero inútilmente. Al fin, diez senadores, entre los más prudentes y moderados, fueron elegidos y enviados al pueblo, con pleno poder para celebrar la paz, bajo las mejores condiciones que les fuese posible obtener. Menenio Agripa, que habló por el senado, terminó su discurso con una fábula que hizo mucha impresión en el pueblo. « En tiempos pasados, dijo, los miembros del cuerpo humano, indignados de que sólo trabajaban para el estómago, mientras éste, tranquilo y perezoso, no hacía más que regalarse con los placeres que ellos le preparaban, convinieron en que no harían nada; pero queriendo reducir al estómago por hambre, todos los miembros se debilitaron de tal modo, que cayeron en una inanición extrema. » Así comparó Agripa la división intestina de las partes del senado; y esta aplicación agradó tanto á los plebeyos, que celebraron la paz bajo ciertas condiciones, siendo la primera, que elegirían de entre ellos mismos cinco magistrados nuevos, llamados *tribunos del pueblo*. Estos magistrados eran elegidos anualmente, y nada podía hacerse sin su consentimiento. Si se proponía una ley, y los tribunos del pueblo la combatían, la ley no se sancionaba; y ni aun siquiera se hallaban obligados á alegar las razones de su oposición, bastando sólo que dijese *veto*, que quiere decir *lo prohibo*. Considera bien lo interesante que es esta época en la historia romana, y el cambio tan considerable que se hizo en la forma del gobierno, cambio que aseguró por algunos siglos los derechos del pueblo, que los grandes propenden siempre á invadir injustamente. Este cambio aconteció en el año 261 de Roma, es decir, veinte y un años después del destierro de los reyes y la creación de los cónsules.

Además de los tribunos, obtuvo también el pueblo dos nuevos magistrados anuales, llamados *ediles del pueblo*, que se hallaban sujetos á la autoridad de los tribunos bajo cuya inspección administraban la justicia, velaban de la conservación de los templos y edificios públicos, y cuidaban de los viveres.

Hazte bien cargo de quiénes eran los principales magistrados de Roma. En primer lugar los cónsules, que eran anuales, y se hallaban investidos del poder de los reyes; en segundo el dictador, creado en circunstancias urgentes, y cuyo cargo sólo duraba por lo común seis meses.

Los tribunos del pueblo eran unos magistrados anuales que vi-

gilaban los intereses del pueblo, y lo protegían contra la opresión de los patricios. Por lo que hace á los ediles, he descrito ya sus funciones.

Algunos años después fueron creados otros dos magistrados nuevos, llamados *censores*, cuyo empleo duró á los principios cinco años; pero no tardó en ser reducido á año y medio. La autoridad de los censores era muy grande; tenían á su cargo el empadronamiento del pueblo; imponían las contribuciones; cuidaban de las buenas costumbres y podían expeler del senado á cualquiera miembro que consideraban indigno de aquella asamblea; también podían degradar á los caballeros romanos privándolos de su caballo.

No pasó mucho tiempo sin que fuesen creados otros dos magistrados nuevos llamados *pretores*, que eran los principales ministros de la justicia, y juzgaban todos los procesos.

En el año 300 de Roma, los romanos no tenían aún leyes fijas y ciertas, de modo que los cónsules y los senadores que administraban la justicia, eran árbitros absolutos de la suerte de los ciudadanos. El pueblo pidió pues, que en vez de estos juicios arbitrarios, se estableciesen leyes que sirviesen de reglas seguras, tanto en el manejo de los negocios públicos, como en las diferencias entre los particulares. En vista de esto, el senado envió embajadores á Atenas, para estudiar las leyes de aquel país y reunir todas las que les pareciesen más convenientes á la república (a). Regresado que hubieron estos embajadores, se eligieron diez personas, que fueron llamadas *decenviros*, para establecer las nuevas leyes. Se les confirió un poder absoluto por un año, durante el cual cesaron en sus funciones todos los demás magistrados. Los decenviros hicieron grabar estas leyes en láminas de bronce, colocadas en el lugar más visible de la plaza pública; y fueron llamadas después las leyes de las doce Tablas. Cuando expiró el año, los decenviros rehusaron deshacerse de su poder,

(a)

Roma, aquella que primero
Griegas leyes mendigó,
¿Quién dirá que al fin logró
Dar leyes al Orbe entero?

(J. IRIARTE.)